

Los tres hombres que impulsaron á la Asamblea á cometer aquella gran falta se llamaban Camus, Gregoire y Lanjuinais. Tres hombres, tres cabezas de hierro. Díganlo los que vieron á Camus poniendo la mano sobre Dumouriez en medio de su ejército, los que vieron el 31 de Mayo á Lanjuinais arrojado de la tribuna volver á ella entre los puñales y las pistolas. Ya es sabido que pocos hombres fueron bravos al lado de estos bravos.

En cuanto al obispo Gregoire, todos saben que quedó en la Convención, durante todo el Terror, solo en su banco, siempre con su hábito morado, sin que nadie se atreviera á sentarse cerca de él; Gregoire ha dejado fama de tener el carácter más firme que nunca se ha conocido.

Estos hombres intrépidos y puros fueron la tentación suprema de la Revolución, arrojándola en el grave error de organizar la Iglesia cristiana sin creer en el cristianismo.

Bajo su influencia y la de los legistas que los seguían inconscientemente, la Asamblea, en su mayoría incrédula y volteriana, se figuró que podía tocar á la forma sin cambiar el fondo.

Dió el raro espectáculo de un Voltaire reformando la Iglesia, pretendiendo reducirla al rigor apostólico.

Aparte de este defecto de origen, la reforma era razonable; se podía decir que era una carta de libertad y ennoblecimiento para la Iglesia y para el clero.

La Asamblea quiere que el clero sea el elegido del pueblo, esto es, que se libre del Concordato, del pacto bochornoso en que dos ladrones, el rey y el Papa se habían repartido á la Iglesia, se habían repartido sus vestiduras por la suerte; se libraba también al clero, fijándole un presupuesto regular, de la odiosa necesidad de exigir los diezmos y primicias, viviendo á costa del pueblo; se le libraba además de los llamados abates de la corte que desde las alcobas y los tocadores saltaban al episcopado; se le libra, finalmente, de todos los golosos, los ventru-dos, los curitas predilectos de las canonesas.

Se mejoraba la división de las diócesis quedando próximamente de la misma extensión y más numerosas, puesto que se hacían ochenta y tres obispados, tantos como departamentos. El presupuesto fijado en setenta y siete millones, era suficiente para que el clero estuviera mejor retribuido con esta suma que con sus trescientos millones de otras veces que tan poco le aprovechaban.

La discusión no fué ni fuerte ni profunda. Hubo una frase atrevida y fué dicha por el jansenista Camus, traspasando seguramente el alcance de su pensamiento: «Somos una convención nacional,—dijo,—tenemos seguramente el poder de cambiar la religión, pero no lo haremos...» Después, como si se asustase de su audacia, agregó: «No podríamos abandonarla sin cometer un crimen» (1.º de Junio de 1790).

Legistas y teólogos no invocaban más que los textos, los viejos libros; á cada cita contestada iban á buscar sus libros; se preocupaban de

probar, no que su opinión era buena, sino que era vieja. «Así hicieron los primeros cristianos.»

Triste argumento: era demasiado dudoso que una cosa propia en tiempo de Tiberio lo fuese mil ochocientos años después, en la época de Luis XVI.

Faltaba examinar con tergiversaciones si el derecho estaba en lo alto ó abajo; en el rey y en el Papa ó en el pueblo.

¿Qué produciría la elección del pueblo? No se sabía indudablemente. Pero se sabía muy bien que había un clero partidario del rey, del Papa y de los señores (1).

¿Qué gesto habrían hecho los prelados que gritaban tan alto si hubieran tenido que mostrar de qué óleo santo y por qué mano habían sido consagrados! Lo más seguro para ellos era no remover esta cuestión de origen. Lo que ellos más temían era una cuestión, la más externa, la más extraña al orden espiritual: la división de diócesis. Había que probarles que esta división, completamente imperial, romana en su origen y hecha por el gobierno, podía ser modificada por otro gobierno. Ellos no querían oír nada de esto y se obstinaban... Esta división era la cosa santa y sacrosanta; ningún dogma de fe cristiana ocupaba lugar más preferente en su corazón. Si no se convocaba un concilio, si no se daba cuenta al Papa, todo estaba perdido. Se iba al cisma y del cisma á la herejía y de la herejía al sacrilegio, al ateísmo... etc.

Estas nimiedades serias que en París hacían encogerse de hombres, alcanzaban el efecto deseado en el Oeste y en el Mediodía. Corrían impresas en numerosísimos ejemplares, con la famosa protesta en favor de los bienes del clero, que en dos meses llegó á la trigésima edición. Repetida por la mañana en el púlpito, comentada por la tarde en el confesonario, adornada con glosas homicidas, su texto de odio y de discordia iba exasperando á la mujer, reanimando los furros religiosos, afilando los puñales, aguzando las horcas y las hachas.

El 29, el 31 de Mayo, el arzobispo de Aix y el obispo de Clermont, uno de los principales agitadores y hombre de confianza del rey, notificaron á la Asamblea el ultimatum eclesiástico: Que no pudiera hacerse ningún cambio en la convocatoria de un concilio.

En los primeros días de Junio corría la sangre en Nimes.

Froment había armado sus más seguras compañías, y gastando mucho dinero había uniformado á la mayor parte de estos hombres con los colores del conde de Artois. Estos fueron los primeros levantamientos del Mediodía. Froment, apoyado por un ayudante de campo del príncipe

(1) El derecho de colación en manos de los señores producía efectos muy curiosos. Un judío, un tal Samuel Bernard que compraba tal ó cual señorío, tenía en consecuencia el derecho de nombrar á tal ó cual beneficiado eclesiástico; entre compras y ventas adquiría el Espíritu Santo. El Espíritu Santo venía, sí, de lugares aun menos decorosos. Había obispo que lo era por la gracia de madama de Polignac; otro había sido nombrado por la Pompadour; otro escogido por Luis XV entre los abates calaveras de madama Du Barry. Un bello abate de Borbón dotado de rentas que pasaban de un millón, procedía de una queridita noble que fué vendida por sus padres.



de Condé, sostenido por muchos oficiales municipales, había al fin obtenido la promesa del comandante de la provincia de abrir el arsenal y dar fusiles á todas las compañías católicas. Último acto decisivo que la municipalidad y el comandante no podían declarar francamente contra la Revolución.

«Esperemos todavía un momento, decía la municipalidad. Las elecciones del departamento comienzan el 4 en Nimes; vayamos dulcemente hasta la votación, hagamos que nos den los puestos.»

«Agitemos, decía Froment; los electores votarán mejor al ruido de los tiros.» Los protestantes se organizaban. Se entendían muy bien desde Nimes á París y á Cévennes.

¿Estaba Nimes bien asegurada por el clero si quería escucharle? La ciudad iba á sentir en su industria un beneficio dado por la Revolución: la supresión de los derechos sobre la sal, el hierro, los aceites, los jabones, etc. Y la campaña católica, muy católica antes de la siega, ¿lo sería igualmente después cuando el clero hubiese exigido el diezmo?

Había pendiente un proceso contra los asesinos de Mayo, contra el hermano de Froment, y avanzaba lentamente, sí, pero avanzaba.

Una última circunstancia, y decisiva, que obligó á Froment á agitarse; la revolución de Avignon habíase realizado el 11 y el 12 é iba á desmoralizar su partido, á hacer que cayeran de sus manos las armas. Antes que la noticia fuese divulgada, el 13 por la tarde, se atacó en día favorable, un domingo, octava del Corpus, estando ebria una gran parte del pueblo y dispuesta á todo.

Froment y los historiadores de sus ideas, del partido vencido, aseguran una especie increíble: que los protestantes comenzaron, que turbaron las elecciones, en las que estaba toda su esperanza. Sostienen que fué este número tan pequeño el que intentó vencer al grande (seis mil hombres contra más de veinte mil sin hablar de los suburbios).

¿Este exiguo número resultaba bien aguerrido y terrible? Era una población extraña, hacía un siglo, á toda costumbre militar. Comerciantes que temían excesivamente el saqueo y el pillaje; obreros mezquinos, físicamente muy inferiores á los mozos de cordel y braceros, viñadores y jornaleros que Froment había armado. Los dragones de la guardia nacional, protestantes en su mayoría, comerciantes é hijos de comerciantes, no eran gente para luchar contra hombres rudos y fuertes que bebían á tazas en las tabernas el vino pagado por el clero.

Donde los protestantes eran la mayoría, los dos cultos, ofrecieron el espectáculo de la fraternidad más conmovedora. En San Hipólito, por ejemplo, el 5 de Junio los protestantes habían querido montar la guardia con los otros para la procesión del Corpus.

El día de la explosión en Nimes, los patriotas, unos mil quinientos por lo menos y los más activos, estaban reunidos en el club sin armas y deliberando; las tribunas llenas de mujeres. El pánico fué horrible á los primeros disparos (13 de Junio de 1790).

Ocho días antes, en la apertura de las elecciones, se había empezado por insultar y atemorizar á los electores. Pidieron éstos un destacamento de dragones, algunas patrullas para disipar la multitud que los amenazaba.

Pero esta multitud amenazó bien pronto á las patrullas mismas; la municipalidad complaciente, retuvo entonces las patrullas en su puesto. El 13 por la noche, los hombres de las hopas rojas van á decir á los dragones que si no se marchan son hombres muertos. Se quedan y reciben muchos balazos.

El regimiento de Guienne arde en deseos de ir á su socorro; pero los oficiales le cierran las puertas y lo recluyen dentro del cuartel.

Ante esta lucha desigual, ante las elecciones tan criminalmente turbadas, la municipalidad tenía un deber sagrado: enarbolar la bandera roja y requerir á las tropas... Pero puede decirse que no hay municipalidad. En aquella ciudad hospitalaria la Asamblea electoral del departamento se encuentra abandonada en medio de las descargas de fusilería.

Entre los asalariados de Froment se encontraban los criados de muchos de los oficiales municipales confundidos con los del clero. No recibiendo la tropa ni la guardia nacional ningún aviso, Froment estaba hecho dueño del terreno. Por poco tiempo que hubiera ganado hubiera dado lugar á que llegara de Sommieres, que no está más que á cuatro leguas de distancia, un regimiento de caballería, cuyo coronel, muy entusiasta, había ofrecido su concurso y el de su tropa y su bolsa.

Entonces los sucesos hubieran tomado el carácter de una verdadera Revolución y el comandante de la provincia hubiera seguido las órdenes que tenía del conde de Artois marchando sobre Nimes.

Ocurrió un hecho inesperado y fué que Nimes faltó. De las dieciocho compañías católicas formadas por Froment, cuyas gentes comenzaban ya á forzar las casas de los protestantes, tres solamente le siguieron. Las quince restantes se negaron á secundarle.

Gran lección que hizo ver al clero cuánto se había engañado sobre el estado real de los espíritus. Los viejos odios fanáticos hábilmente reavivados por los celos sociales, no fueron bastante consistentes cuando llegó el momento de derramar sangre.

Aquella grande y poderosa ciudad de Nimes, á la que se había creído poder sublevar fácilmente, permaneció firme, como sus indestructibles monumentos, como sus nobles y eternas Arenas.

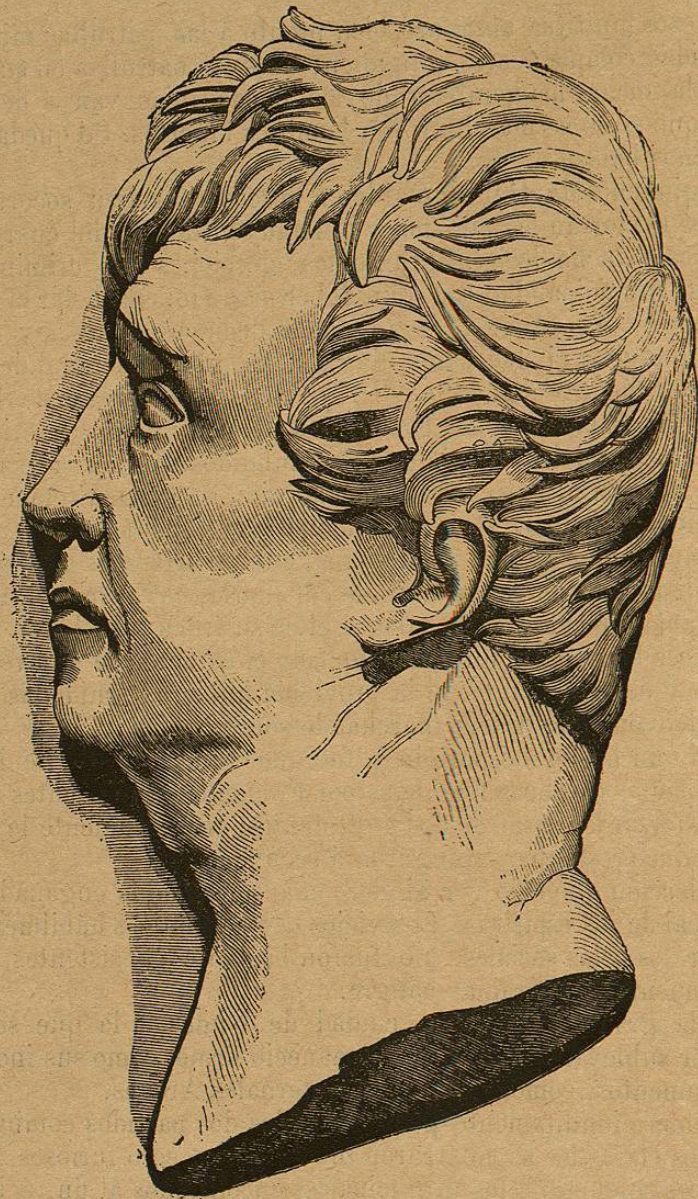
Un número infinitamente pequeño de los dos partidos combatió solamente. Los clericales se mostraron muy bravos, pero furiosos, ciegos. Por dos veces se obligó á los municipales, encontrados al fin, á ir hacia ellos con la bandera roja, y dos veces los clericales los arrollaron, con bandera y todo. Disparaban sobre los magistrados y sobre los comisarios del rey, y al día siguiente dispararon sobre el procurador del rey y el juez que recogían los muertos.

Estos crímenes reclamaban la más pronta y severa represión, y sin



embargo la municipalidad no pidió á la tropa más que un servicio de patrullas.

Si Froment hubiera tenido más práctica, hubiera, sin duda alguna,



ROUGET DE LISLE (autor de La Marsellesa)

ocupado el gran punto estratégico de las Arenas, fácilmente defendible. Pero sólo se le ocurrió dejar allí algunos hombres, así como en el convento de los Capuchinos. El mismo entró en el fuerte que se había pre-

parado en la torre del antiguo castillo, y allí refugiado, creyéndose en seguridad, escribió á Sammories y á Montpellier pidiendo socorro. Envió emisarios á las ciudades católicas, donde hizo tocar á rebato.



..... los dos partidos se fusilaban en medio de las calles ó desde las ventanas. (Pág. 374)

Los católicos acudieron muy lentamente ó permanecieron en sus casas; pero los protestantes, al saber la noticia del peligro en que se encontraban los electores, se organizaron rápidamente y marcharon durante toda la noche. Aquella mañana, de cuatro á cinco de la madru-